

EL TIEMPO CARNAVALESCO EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA CONTEMPORÁNEA: LO EFÍMERO EN DOS NOVELAS DE FEDERICO ANDAHAZI

Nava Marín, José Manuel*

Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda”
Venezuela

Resumen

El presente artículo se plantea analizar el tiempo carnavalesco en la literatura latinoamericana contemporánea a través de las novelas *La ciudad de los herejes* (2005) y *El conquistador* (2006) del escritor argentino Federico Andahazi (1963). Para ello se emplean los fundamentos teóricos de Mijaíl Bajtín (2003) con relación al universo del carnaval, como también algunas revisiones teóricas y críticas de Aínsa (1997), Galván (2007) y Bauman (2004) sobre lo utópico y lo perecedero. Señalamos que lo efímero se forja en la novelística de Andahazi desde el tiempo de carnaval, tiempo periférico, tiempo abyecto que sin lugar a dudas intenta idear una mirada “otra” del mundo, de grandes acciones colectivas, de proezas o de movimientos íntimos y particulares (la revuelta de los monjes y novicias en *La ciudad de los herejes* y el descubrimiento de Europa por parte de los aborígenes mexicas en *El conquistador*). Sin embargo, todas estas tendencias terminan sucumbiendo ante el tiempo denso (oficial, hegemónico, normativo), por lo que emergen como manifestaciones de la naturaleza carnavalesca en la literatura contemporánea, distinguiendo la consolidación de una estética cargada de nociones arraigadas al tiempo de carnaval por sus expresiones efímeras, provisionales y fugaces.

Palabras clave: carnaval, novela, efímero, tiempo, estética.

Abstract

This article aims to analyze the carnival time in contemporary Latin American literature through the novels *La ciudad de los herejes* (2005) and *El conquistador* (2006) by the Argentine writer Federico Andahazi (1963). For this, the theoretical foundations of Mikhail Bakhtin (2003) are used in relation to the universe of the carnival, as well as some theoretical and critical reviews of Aínsa (1997), Galván (2007) and Bauman (2004) on the utopian and the perishable. We point out that the ephemeral is forged in the novels of Andahazi from the time of carnival, peripheral time, abject time that undoubtedly tries to devise an “other” view of the world, of great collective actions, of prowess or of intimate and particular movements (The revolt of the monks and novices in *La ciudad de los herejes* and the discovery of Europe by the Mexica aborigines in *El Conquistador*). However, all these tendencies end up succumbing to dense time (official, hegemonic, normative), which is why they emerge as manifestations of the carnivalesque nature in contemporary literature, distinguishing the consolidation of an aesthetic charged with notions rooted at the time of carnival by its ephemeral, provisional and fleeting expressions.

Keywords: carnival, novel, ephemeral, time, aesthetics.

*Licenciado en Educación en Lengua, mención: Lengua, Literatura y Latín de la Universidad Nacional Experimental “Francisco de Miranda” (Coro). Magíster en Literatura Latinoamericana (Universidad Pedagógica Experimental Libertador- Instituto Pedagógico de Barquisimeto). Profesor Agregado e investigador del Centro de Estudios Literarios y Lingüísticos “Lydda Franco Farías” (CELYL) de la UNEFM. Correo: manueljnm@hotmail.com

Finalizado: Coro, Enero-2017 / **Revisado:** Marzo-2017 / **Aceptado:** Marzo-2017

La fiesta interrumpía provisoriamente el funcionamiento del sistema oficial, con sus prohibiciones y divisiones jerárquicas. Por un breve lapso de tiempo, la vida salía de sus carriles habituales y penetraba en los dominios de la libertad utópica. El carácter efímero de esta libertad intensificaba la sensación fantástica y el radicalismo utópico de las imágenes engendradas en el seno de ese ambiente excepcional. (p. 75)

Mijaíl Bajtín

Hay un tiempo fuerte, pleno de eventos, de modificaciones esenciales, un tiempo rico en densidad hasta el punto que un período adquiere una enorme importancia histórica no tanto por su <<extensión>> sino por su intensidad. Es el tiempo de las clases dominantes, de quienes poseen el poder de la escogencia y de la decisión. (p. 92)

Carlos Silva

La magnitud con que la vida no oficial irrumpió en la cotidianidad del hombre medieval fue innegable. Esta existencia que llegó a tener su momento por lo menos una vez al año se convirtió en el instante en que las barreras que resultaban infranqueables e impenetrables para el ser humano debido a la jerarquía social, a la moralidad y al valor que cada individuo tenía en la sociedad se borrarán totalmente. Es así como la vida carnavalesca se convierte en la segunda vida del pueblo, aquella que actuaba sin ataduras ni límites y que buscaba mostrar de alguna forma que el mundo podía entenderse y vivirse de otra manera¹. Respecto a esto Bajtín (2003) señala que:

Esta libertad existía dentro de los límites de los días de fiesta, se expresaba

en los días de júbilo y coincidía con el levantamiento de la abstinencia alimenticia (carne y tocino) y sexual. Esta *liberación de la alegría y del cuerpo* contrastaba brutalmente con el ayuno pasado o con el que seguía. (p. 75)

Pero así como llegaba el momento de olvidarse de todo dogma y regla impuesta, de dar rienda suelta a los deseos y las pasiones reprimidas, de comer y degustar lo que la ayuna no permitía, de mezclar los cuerpos como no se estaba permitido y de mirar a los demás sin prestar atención al estatus social, a la edad, al color o a las preferencias sexuales, la vida de carnaval aparecía como un momento de licencia y por eso mismo tenía, irremediablemente, su desenlace. Pues la segunda vida del pueblo o esa vida al revés volvía a su punto de partida en el que emergían de nuevo los miedos, las restricciones y los castigos impuestos por quienes encarnaban a la suprema autoridad:

En realidad esta victoria efímera no sobrepasaba los límites de las fiestas, a las que sucedían los habituales días de terror y opresión; sin embargo, gracias a los resplandores que la conciencia humana vislumbraba en esas fiestas, el ser humano lograba forjarse una concepción diferente, no oficial, sobre el mundo y el hombre, que preparaba el nacimiento de la nueva conciencia renacentista. Uno de los elementos primordiales que caracterizaban la comicidad medieval era la conciencia aguda de percibirla como una victoria ganada sobre el miedo. (Bajtín, 2003, p. 76)

Por lo tanto, el tiempo de carnaval que en apariencia se proyectaba como eterno, ilimitado y renovador resultaba finalmente utópico, efímero y quimérico, y los proyectos que se gestaban, las realidades que se vivían y los sueños que se hacían realidad durante su desarrollo, terminaban formando parte de un universo ilusorio y provisional. Es así como “Ese nuevo orden es flor de un par de días que florece mientras dura la fiesta y que luego se marchita”. (Patiño, 2010, p. 38)

¹ En su libro sobre el contexto de Rabelais, Bajtín (2003) habla del carnaval como ese mundo al revés o como la segunda vida del pueblo, dotando este lapso de tiempo de cuantiosos elementos que solo son válidos y desarrollados durante el período de fiesta. Por otro lado, Kristeva (1988) en *Poderes de la perversión* habla del tiempo abyecto en el que todo adquiere magnitudes ambivalentes “Lo propio (limpio) (...) se vuelve sucio; lo solicitado hace un viraje hacia lo desterrado, la fascinación hacia el oprobio. Entonces el tiempo olvidado surge bruscamente, y condensa en un relámpago fulgurante una operación que, si fuera pensada, sería la reunión de los dos términos opuestos pero que, en virtud de dicha fulguración, se descarga como un trueno”. (p. 17).

De este modo, así como lograron traspasarse las imágenes y los símbolos de esta vida carnavalesca al arte y específicamente al discurso literario, es interesante analizar y ver cómo este tiempo de licencia, de verdad utópica y perecedera logra también imponerse en el discurso novelesco mediante la genialidad y la inventiva del escritor que intenta mostrar que las realidades y las verdades suelen ser versátiles y fugaces.

Lo utópico² en *La ciudad de los herejes*

El carnaval cancela, en su pura inmediatez, el espacio social del poder (p. 12).

José Barrios

El contexto en el que se desarrolla la novela *La ciudad de los herejes* es el ideal para demostrar y exponer la vida licenciosa y a la vez festiva que caracterizó en gran medida la existencia del individuo en pleno medioevo y en las puertas del Renacimiento. La revuelta que encabezan los monjes agustinianos y las jóvenes novicias conduce a la confabulación dentro de la trama de un mundo utópico que logra conectarse radicalmente con el tiempo de fiesta y relatividad inaugurado por lo carnavalesco³.

La comunidad fundada por Aurelio y Christine, al estilo del *Decamerón* de Boccaccio⁴, permite desarrollar una de las propuestas quiméricas más interesantes

2 Sobre el término pesa un recorrido histórico bastante amplio, pues se le adjudica a Tomás Moro tras escribir su obra *Utopía* en 1516. Sin embargo, Aínsa (1997) señala que “Gracias al adjetivo utópico, la utopía pasó a ser <un estado de espíritu>, sinónimo de actitud mental <rebelde>, de oposición o resistencia al orden existente por la proposición de un orden radicalmente diferente” (p. 85)

3 Incluso si nos orientamos hacia los orígenes del carnaval en la Antigüedad, “lo utópico deviene de la menipea”. (Bajtín, 2005, pp. 171-172).

4 Recordemos que en la obra de Boccaccio un grupo de jóvenes funda una comunidad alterna a la sociedad que imperaba, con la intención de vivir sin atadura alguna y bajo sus propios designios.

dentro de la literatura latinoamericana contemporánea. Aquí establecemos un nexo con lo que plantea Bachelard (1975) en *La poética del espacio*, en torno al espacio del porvenir pues “La casa del porvenir es más sólida, más clara, más vasta que todas las casas del pasado. Frente a la casa natal trabaja la imagen de la casa soñada”. (p.93). De este modo, el teórico trabaja en una imagen que de alguna forma aniquila o, por lo menos, degrada la imágenes de la infancia, sustituyéndolas por un cuerpo que gravita entre el deseo y la búsqueda del preciado bienestar en los espacios de la intimidad, situación que ocurre en *La ciudad de los herejes* donde sus protagonistas, ambos venidos de una infancia atroz y consumidos por una vida monástica austera, terminan por formar una revuelta que los lleva a fundar un modo de vida lejos de la orfandad y adversidad del pasado.

Así, la gestación de una doctrina del amor por parte de la novicia Christine⁵ permite no solo convencer y atraer al monje Aurelio, sino que arrastra consigo a una serie de religiosos que estuvieron atados a la constitución del dogma como parte de su formación monástica. Además, esta insurrección subvierte el orden impuesto y desata una de las manifestaciones religiosas más polémicas y candentes del siglo XIV⁶. Para Mucchielli, citado por Aínsa (1997), la función de la utopía está en la rebelión, por lo que el afán utópico emerge del contraste entre la opresión y la nostalgia de un mundo mejor.

A partir de ello se edifica, en la trama andahaziana, un mundo perfecto en el que las barreras jerárquicas se desvanecen y no hay cabida alguna para el miedo, la sumisión y el castigo. Todo cuanto estuvo sosegado en los hombres y mujeres acaba redimido en los que

5 La utopía, inicialmente, parte de la individualidad. Sin embargo, Aínsa (1997) ha señalado que esto no impide que el proyecto tenga alcances colectivos e incida en rebeliones o sociedades.

6 Es relevante recordar que toda utopía “es crítica del orden existente, siendo su finalidad cuestionarlo a través del orden alternativo propuesto”. (Aínsa, 1997, pp. 94-95)

mucho llamaron “Villaviciosa de Asturias” o desdeñosamente “La ciudad de los herejes”. En la novela se narra que “Acostumbrados todos a la introvertida existencia que llevaban unas en el convento y otros en la abadía, habituados a la vida religiosa, el grupo ocupó el castillo y dispuso de los ámbitos como si se tratase de un monasterio laico” (Andahazi, 2005, p. 202)

¿Por qué el ambiente de carnaval permite el desarrollo de una existencia ideal apartada de toda regla o patrón de vida establecido? Aínsa (1997), citando a Mannheim, indica que mientras la ideología se levantaba sobre las ideas políticas infundidas “por el sistema de poder y, por lo tanto, estáticas y reaccionarias, la utopía era lo que cuestionaba y se oponía a ese poder. Dinámica y progresista, la utopía puede llegar a ser sinónimo de revolución”, (p. 88). De esta manera la voz narrativa de *La ciudad de los herejes* habla de la comunidad fundada por los monjes y novicias como un mundo perfecto en el que no había motivos para infringir la ley porque simplemente no la había, quien dictaba la forma de vivir era simplemente lo que emanaba del sentir de cada individuo, por lo que se vivía en el libre albedrío⁷:

Pronto cundió el ejemplo y los hombres y las mujeres se fueron apareando, hermanando cada vez más, haciéndose y deshaciéndose romances, matrimonios indisolubles o que duraban lo que una noche. Todos eran dueños de todo porque todo se compartía: el techo y la comida, la ignorancia para convertirla en saber, y el saber para que no se transformara en soberbia; se compartía la leña y el fuego y también el frío para trocarlo en calor; se compartía el dinero y la escasez, el temor para convertirlo en valentía y la valentía para que no se convirtiera en arrogancia. Fieles a la letra de Pablo, llevaban su prédica de ruptura con la

7 “A la luz del libre albedrío, no sólo declamado sino ciertamente practicado, construyeron una sociedad sustentada en el amor verdadero según la palabra de San Pablo: *Así que ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano*”. (Andahazi, 2005, p. 204)

ley hasta las últimas consecuencias: no era preciso observar los mandamientos, por cuanto ahora no tenían ningún valor en el rigor de la piedra escrita, sino en el espíritu y en la propia conciencia. Así, en esa pequeña sociedad paulista, todos se atenían al principal de los mandatos que bien podía sustituir al decálogo: *amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley*. (Andahazi, 2005, p. 204)

Como “la utopía necesita desde su misma concepción de un <suelo> y de una geografía donde situarse” (Aínsa, 1997, p. 97), así se fue conformando un pequeño poblado que fungía como el sitio ideal⁸ para la convivencia entre los seres humanos, ya que la forma de relación tan particular entre estas personas que venían de practicar una existencia monástica y estéril, contagió igualmente a los pobladores cercanos al castillo de Velayo; por lo que en poco tiempo el desarrollo y florecimiento del poblado no se hizo esperar y el mejor adjetivo para describir la comunidad fundada por Aurelio y Christine era el de la perfección⁹:

Aurelio decidió que para que existiera una verdadera hermandad debían comprender también a los campesinos y borrar toda frontera entre el castillo y la alquería. No solamente compartían sus pertenencias entre los moradores de la casa mayor y los de los caseríos, sino que les harían extensivos todos sus principios, pudiéndose mezclar los unos con los otros y teniendo todos los habitantes de la heredad los mismos

8 Recordemos que “Detrás de toda utopía hay siempre un territorio, pero un territorio que no está aquí, un espacio utópico siempre distanciado de la realidad inmediata en el espacio o en el tiempo, cuando no por ambos a la vez” (Aínsa, 1997, p. 96).

9 El espacio en el que se erige la comunidad de monjes y novicias acata a cabalidad las nociones topográficas de la utopía, pues “La geografía de la utopía abunda así en valles inaccesibles, mesetas inexploradas en el centro de selvas insalubres y sobre todo, en islas remotas. Sólo la condición de espacio remoto y aislado permite garantizar la viabilidad y la credibilidad de la utopía, imposible de imaginar en el centro de la sociedad en la que se proyecta” (Aínsa, 1997, p. 98)

derechos. Este nuevo sistema produjo una inmediata prosperidad general. Las humildes casas en las que vivían las familias campesinas se convirtieron en un poblado floreciente, colorido y alegre; se compartían las misas en la parroquia del castillo y no había un párroco estable: cada quien tomaba la palabra y decía lo que le parecía importante exponer, escuchaba misa quien quería y quien no, no estaba obligado a participar. Las festividades eran colectivas y, de hecho, cada vez encontraban más oportunidades y motivos para festejar. (Andahazi, 2005, pp. 207-208)

Muchos elementos reseñados anteriormente se relacionan directamente con las particularidades desarrolladas en el *Decamerón* (recordemos la escogencia de un rey o reina durante cada jornada) por lo que imperaba de alguna manera una libertad desenfrenada. También es importante acotar cómo en esta sociedad paulista dominaba los dictámenes de la plaza pública, propia de la concepción carnavalesca de la fiesta donde lo colectivo y lo popular reinaban sin cesar. Es importante resaltar que la perfección está vinculada con la noción de utopía que tomó auge en el Renacimiento y que se relaciona también con los orígenes del tiempo carnavalesco que durante cierto lapso apuesta por un mundo ideal sin categorizaciones ni jerarquías de mando y orden social, por lo tanto:

El elemento utópico tiene un carácter absolutamente festivo (...) la utopía es representada sin ningún proscenio, actuada en la vida misma, aunque en verdad delimitada en el tiempo (...) En cuanto es abolido el orden habitual del mundo, el nuevo régimen utópico que lo reemplaza es soberano y se extiende a todos... (Bajtín, 2003, p. 217)

Considerando el análisis que Galván (2007) realiza del *Decamerón* de Boccaccio en torno a la noción de utopía, es pertinente aludir a tres nociones que giran en el centro de este término y que de alguna forma se aplican a la concepción de tiempo efímero que la carnavalización logra desplegar en la novela de Andahazi. El éxodo realizado

hacia tierras españolas por los monjes y novicias se emparenta considerablemente con la huida de los jóvenes de la Florencia azotada por la peste, estableciendo el paso de un pasaje urbano a uno campestre en el que la tranquilidad y la pureza no encuentran jamás comparación con el ambiente contaminado, hostil y cruel de la ciudad, pues “La ciudad real, con todos sus males perceptibles, muchos de ellos apareciendo sin remedio, ha estado siempre enfrentada a ‘la ciudad ideal’ (Aínsa, 1997, p. 91).

De alguna manera la fundación de la comunidad perfecta de Velayo puede estar levantada en la noción de un espacio mítico que al mismo tiempo guarda un nexo inquebrantable con la noción utópica que se forja en el universo de la naturaleza misma del carnaval, en que por un espacio temporal la existencia se torna perfecta, ideal y feliz.

Por otro lado, Galván (2007) indica que otra de las nociones de lo utópico deviene en “la ausencia de la obligación, la responsabilidad social y el trabajo. Todas las actividades que se llevan a cabo tienen como fin el disfrute y son hechas por puro disfrute” (p. 77). Precisamente en *La ciudad de los herejes* se relata cómo las labores diarias se distribuyeron partiendo del dominio que cada individuo poseía sobre determinada habilidad, realizando así las acciones por convicción y no por obligación, aunque debido a lo rudo de ciertas actividades estas se dividían según los dominios de hombres y mujeres:

La división de las tareas se organizó según las habilidades de cada quien (...) Durante los primeros tiempos las mujeres debían ocuparse de casi todas las labores (...) poco a poco los hombres comenzaron a asumir algunas tareas: cortar y almacenar la leña, mantener el buen funcionamiento de las bisagras y las carpinterías... (Andahazi, 2005, p. 202)

En el caso del *Decamerón*, para Galván (2007) las nociones sobre el tiempo también se ven imbuidas por el elemento utópico, pues no hay certeza sobre la consistencia de un lapso determinado en el desarrollo de las acciones

y estaba de los jóvenes lejos del aura urbana. De la misma forma en *La ciudad de los herejes* no se enfatiza durante cuánto tiempo se logra la convivencia entre los pobladores de Velayo, solo se alude al florecimiento de la comunidad y a la compacta relación entre sus habitantes de una forma sólida, lo que habla en cierto modo de un lapso más o menos amplio de coexistencia.

Así como se ha reseñado el carácter festivo de la utopía (todo cuanto se realiza dentro de los límites de la fiesta carnavalesca llega a su fin mediante el carácter efímero y transitorio del periodo ideal de relaciones humanas), en la novela de Federico Andahazi la comunidad fundada en el libre albedrío y bajo las nociones de vida de San Pablo ve truncada su existencia por la intervención de las fuerzas hegemónicas de la época. Aquí remitimos a las ideas de Bauman (2004) en relación con la noción de instantaneidad, pues esta “hace que cada momento parezca infinitamente espacioso, y la capacidad infinita significa que no hay límites para lo que pueda extraerse de un momento... por breve y ‘fugaz’ que sea”. (p. 134). En la novela se narra:

Pero las murmuraciones sobre el supuesto libertinaje que reinaba en la villa y las lujuriosas costumbres de sus moradores, ponían al conde de Gijón en una situación embarazosa: no sabía cuánto podía durar la bonanza económica a expensas de hacerse cómplice de aquel grupo de herejes desenfrenados. Por otra parte, los consejeros de Don Alonso le señalaban al conde el peligro que representara que cundiera el ejemplo de Villaviciosa; que pasaría, se preguntaban, si los poblados vecinos, viendo el florecimiento súbito de Velayo al romperse las fronteras jerárquicas y económicas entre el palacio y la plebe, decidieran derribar también los muros que los separaban de las riquezas de que gozaban- y ni producían- los nobles. (Andahazi, 2005, p. 220)

Así como las fiestas carnavalescas solo eran tolerables durante un tiempo

determinado que se consideraba incluso extraoficial al ir más allá de las reglas sociales que prevalecían, la comunidad perfecta que se había levantado a través de los mismos postulados bíblicos resultó hasta cierto punto peligrosa e inaguantable para quienes vieron en ella la posibilidad de una expansiva forma de convivir que terminara por perjudicar los intereses políticos y económicos de quienes ostentaban el poder y la dinastía “Definitivamente, la comunidad de Velayo no podía erigirse como un ejemplo (...) para no convertir a sus habitantes en víctimas había que presentarlos (...) como las despiadadas huestes de Satanás” (p. 221).

En *La ciudad de los herejes* se cuenta cómo en la madrugada del 13 de julio de 1349 el ejército del duque terminó asesinando sin dejar de piedad a todos los habitantes de la colectividad que otrora se había levantado como un poblado próspero y virtuoso, quedando el proyecto de vida de los monjes y novicias como un efímero y pasajero instante, como un deseo inconcluso, irrealizable e incompleto. Traemos, nuevamente, las nociones de Bachelard (1975) quien indica que la casa del porvenir es mucho más inmensa y consistente que la casa del pasado, pero que esa morada “que habitaremos más tarde, siempre más tarde, tan tarde que no tendremos tiempo de realizarlo” (p. 95), asoma la posibilidad de ese carácter pasajero, inconsistente y frágil del refugio utópico. Por lo que en la novela se narra que:

Christine y Aurelio recordarían hasta el fin de sus días a Villaviciosa como un sueño tan dulce como efímero (...) Del hermoso poblado abrazado por el río y las colinas sólo quedaron cenizas que finalmente se llevó el viento del Cantábrico. El castillo, que otrora se erigía orgulloso sobre los cerros bajos y sinuosos, era ahora testigo mudo de la ignominia y fue usurpado por el conde de Gijón. Nada. Del sueño de Villaviciosa no quedó absolutamente nada. Ni siquiera la historia dejó un digno vestigio de aquella breve epopeya. (Andahazi, 2005, p. 233)

Lo efímero y breve que resulta ser el tiempo carnavalesco se vislumbra en el destino fatídico del proyecto de vida de los protagonistas de la novela de Andahazi, pues así como todo propósito ideal que intenta plantear un modo de vida o de ver el mundo de una forma perfecta, la trama que plantea el escritor argentino termina sucumbiendo ante la infaltable naturaleza utópica y pasajera de la fiesta, condenando la historia de los amantes a un estadio mucho más radical que la muerte: el olvido. Así, la relación entre los habitantes de Villaviciosa termina, a pesar de haberse levantado sobre una base de afectos y de relaciones estrechas, adquiriendo tintes de lo que Bauman (2004) trabaja en su texto *Modernidad líquida*, en el que indica que:

El encuentro entre extraños es *un acontecimiento sin pasado*. Con frecuencia es también *un acontecimiento sin futuro* (...) una historia que, sin duda, no ‘continuará’, una oportunidad única, que debe ser consumada plenamente mientras dura y en el acto, sin demora y sin postergaciones para otra ocasión (p. 103).

Así, la proyección del tratamiento del tiempo de carnaval en la narrativa contemporánea, específicamente en *La ciudad de los herejes*, se mantiene latente mediante la noción de espacio utópico que explora las posibilidades de los lugares y las comunidades que pudiesen ser y que al final no son¹⁰, pues “la utopía ha pasado a hacer sinónimo de prospección de lo imposible, sueño o quimera irrealizable, proyecto desmesurado que, aun cuando pudiera ser teóricamente positivo, resulta siempre inactual e irrealizable” (Aínsa, 1997, p. 88). Asumiendo el significado que

10 Sin embargo no aplicamos completamente el término de no-lugar trabajado por Bauman, pues esta noción apuesta por los espacios que desalientan cualquier idea de permanencia, imposibilitando la colonización o domesticación del espacio”. (p. 111); también se despoja de expresiones simbólicas de la identidad, de las relaciones y de la historia. Pues recordemos que en *La ciudad de los herejes* ocurre todo lo contrario, ya que la ciudad fundada representa la posibilidad de cimentar una vida nueva con todas sus implicaciones, a pesar de que al final todo se desvanezca.

Moro acuñó desde sus inicios a la noción de utopía¹¹, pues la carnavalización literaria explora dentro de sus símbolos e imágenes el tiempo destructor y fugaz como parte inherente de su propia naturaleza y, al mismo tiempo, como lo indica Aínsa, no se restringe de ser la cimentación ilusoria de un universo posible, sino que, además, es una manera de distinguir y examinar el escenario del individuo contemporáneo.

El conquistador y la historia que pudo ser

El carnaval es la fiesta del tiempo destructor y regenerador (p. 315)

Mijaíl Bajtín

La literatura ha trabajado, gracias a su propia naturaleza ficcional, la posibilidad de fundar mundos otros o vías alternas para abordar desde lo político, lo religioso, lo social, lo cultural o lo histórico las realidades que habían permanecido a través del tiempo como únicas e irrefutables. De esta manera y con la inserción del carnaval en la literatura las realidades y verdades supremas comenzaron a ser relativas y hasta cierto punto transitorias, ya que debido a la visión de carnavalización del texto literario se comienza a asistir al destronamiento de un tiempo primero y al coronamiento de otro, renovado y al mismo tiempo utópico. Así lo revela Bajtín (2003) al señalar que en el universo del carnaval “El héroe y el autor del juego es el *tiempo mismo*, el tiempo que destrona, ridiculiza y mata al mundo antiguo (el poder y la concepción antigua), para permitir el nacimiento del nuevo”. (p. 168)

En *El conquistador* de Federico Andahazi asistimos a la conformación de este proceso en el que vemos cómo la inventiva del escritor se deja seducir por la

11 El significado de la palabra Utopía inventada por Moro en 1516 es transcrita inicialmente como “no lugar”. Sin embargo, Aínsa (1997) añade que “una polémica lingüística sobre el término creyó descubrir en el origen un error de transcripción” (p. 107). Por lo que la escritura de Moro quizás remitía a “lugar feliz” (eu-topos) y no a “utopos” (no lugar).

naturaleza de lo carnavalesco y apuesta por un tratamiento singular del tiempo festivo que deviene en parodia de lo histórico, pues la trama novelesca muestra un mundo invertido en el que los conquistadores y descubridores de las nuevas tierras intentan ser otros, en este caso los descendientes del pueblo mexicana e hijos de Tenochtitlan. Por lo que alguna forma quienes comienzan a ser vistos de reojo, como salvajes, ambiciosos y violentos van a ser los blancos que habitan el mundo descubierto. En el capítulo cero, denominado “El adelantado” la voz narrativa cuenta al lector que:

Lo que sigue es la crónica de los tiempos en que el mundo tuvo la oportunidad de ser otro. Entonces, quizá no hubiesen reinado la iniquidad, la saña, la humillación y el exterminio. O tal vez sólo se hubiesen invertido los papeles entre vencedores y vencidos” (Andahazi, 2006, p. 13)

El anuncio del estado carnavalesco en el que se verá sumida la novela se conecta con ese tiempo que destrona y superpone con el afán de la renovación y la transformación. Inferimos la intención primera que asoma la voz narrativa en *El conquistador*, pues se trata de advertir que la historia que prosigue va a estar sumergida en un espacio carnavalizado donde todo sucederá al revés. Esta noción de tiempo fabulado y utópico abre el camino para que a través de la instancia paródica lo efímero se apodere de la trama andahaziana en la que la historia tiene la oportunidad de redimirse en torno a las nociones colonizadoras de los ganadores y perdedores.

Considerando lo anterior recordemos, como lo indica Fernández Prieto (2004), que este tipo de ficción histórica (sobre todo aquella que se vale del anacronismo) puede obedecer a un propósito de sátira política: la historia de las sociedades brota como un proceso permanente de combates por el poderío, de terror y de muerte, una historia anárquica que la historiografía oficial ha regulado en acciones tan afables como falsas al servicio de la autoridad. Es por ello que en *El conquistador* casi toda la diégesis

novelesca está sumida en un efecto deliberado de las injusticias y silencios históricos. La imagen del aborigen americano dotado física e intelectualmente va a superponerse ante los blancos ambiciosos y salvajes. De esta forma Quetzal termina transformándose, en medio del tiempo de carnaval, en el conquistador de Europa:

Cuando los tripulantes, exhaustos algunos, moribundos otros, después de navegar durante unas setenta jornadas, divisaron por fin una franja irregular de color incierto sobre el horizonte, recobraron la llama vital que, por entonces, era apenas un rescoldo a punto de extinguirse. Eran demasiados los indicios de la proximidad de tierra firme para que pudiera tratarse de una falsa percepción (...) Y a medida que se acercaban a esa franja que se ofrecía hospitalaria hacia el Levante, podían distinguir el generoso verdor de la vegetación (...) Una columna de humo grisáceo oliente a carne asada se elevaba hasta el cielo. Todos se llenaron los pulmones con aquel perfume que se presentaba como una promesa (...) El primero en pisar suelo fue Quetzal. Puso una rodilla en tierra y con los brazos abiertos agradeció a Quetzalcóatl. Nadie nunca había llegado tan lejos. (Andahazi, 2006, pp. 161-162)

En la novela de Andahazi la utopía precolombina se hace palpable a través del revés carnavalesco, pues la presencia de los aborígenes americanos en tierra europea es una realidad que se esparce como parte de ese lapso de tiempo de fiesta en el que se suprimen las barreras hasta entonces insuperables. De alguna manera, las trabas que desaparecen y permiten el estado paródico son las del tiempo mismo, pues no hay historia anterior que impida una nueva gesta en la que los hijos de Tenochtitlan como ganadores escriban un relato inédito. Respecto a esto, Bajtún (2003) señala que:

El tiempo juega y ríe. Es el joven jugueteón de Heráclito que detenta el supremo poder universal (...) El énfasis se pone en el porvenir, cuyo utópico rostro se encuentra una y otra vez en las imágenes y ritos de la risa festiva y popular. (p. 70)

De esta manera Andahazi destrona todo estado anterior para cimentar, desde la naturaleza misma de la fiesta carnavalesca, un porvenir transitorio en el que el mundo tiene la posibilidad de ser otro. Recordemos que la visión paródica parte de un modelo del que se vale para establecer la ridiculización, degradación o meramente la renovación de un evento que ha estado arraigado en el poder o bajo la noción de ciertas visiones hegemónicas.

En *El conquistador* se despliega una visión alterna del encuentro de los dos mundos, en la que alguna manera se intenta destronar lo concebido por la historiografía oficial y apostar por una visión diferente de la colonización que se vivió en tierras americanas en el siglo XIV, incluso la trama desarrollada por Federico Andahazi se ubica muchos antes de la gesta española y expresa, por medio del anacronismo¹², lo que pudo haber ocurrido si los mexicas hubiesen llegado a Europa antes de que los nativos descubrieran el camino hacia las Indias occidentales.

Uno de los elementos que más destaca en la novela tiene que ver con las nociones sobre la visión renacentista como tiempo de cambio y renovación para el hombre, pues el periodo de carnaval permitió a Bajtín estudiar precisamente la cultura popular (extraoficial, festiva y carnavalesca) de la Edad Media y el Renacimiento¹³. Por lo que este periodo abre las puertas a una concepción del mundo y de la vida muy singular. En la novela se narra:

Si en España y Francia la palabra que imperaba era Inquisición, en los reinos de la península el verbo era renacer. El

12 Respecto a esto, aludimos a Fernández Prieto (2004) quien señala que el uso del anacronismo puede erigirse como una fuente de creatividad para revelar la imposibilidad de cualquier reconstrucción mimética del pasado y para cuestionar la supuesta naturalidad de la cronología histórica sobre todo aquella que tenga que ver con una temporalidad lineal, sucesiva e irreversible.

13 Incluso para el mismo Bajtín (2005) “El Renacimiento representa la cumbre de la vida carnavalesca. Después se inicia el descenso”. (p. 190).

Renacimiento iluminaba cada rincón que la Congregación para la Doctrina de la Fe se empeñaba en oscurecer. La Inquisición era para Quetzalcoatl obra de Huitzilopochtli, Dios de los Sacrificios; el Renacimiento, en cambio, estaba bajo la protección de Quetzalcoatl, Dios de la Vida. (Andahazi, 2006, p. 254)

Por ello la proyección de la existencia a las puertas del Renacimiento desata la valoración de la vida en torno al individuo como centro del mundo y del universo, apartándose de todo devenir sesgado por visiones góticas y oscurantistas que siempre habían infundido miedo y desolación. Bajtín (2003), en su estudio del contexto de Rabelais, señala que bajo la noción renacentista:

(...) el cuadro jerárquico del mundo se descompuso; sus elementos fueron situados en *el mismo nivel*; lo alto y lo bajo se volvieron *relativos*; el acento es desplazado a las nociones de *delante* y *detrás*. Esta transferencia del mundo a un solo plano, esta *sustitución de la vertical por la horizontal* (...) son realizadas *en torno al cuerpo humano*, que se transformó en el *centro relativo del cosmos*. Pero este cosmos no se mueve ya de abajo arriba, sino en la *horizontal del tiempo, del pasado hacia el futuro*. En el hombre de carne y hueso, la jerarquía del cosmos quedaba abolida: el hombre afirmaba su valor fuera de ella. (pp. 300- 301)

De esta manera en la narrativa andahaziana las menciones al encuentro del pasado y el futuro son constantes (recordemos las afirmaciones de parte de Quetzalcoatl que hicieron temblar al emperador), aparte de las propiedades ficcionales de la literatura que permitió el encuentro de los tiempos y de los mundos (Quetzalcoatl y Cristóbal Colón se encuentran frente a frente ante la reina de Castilla). Sin embargo, es innegable el carácter efímero del tiempo de fiesta, tanto así que Andahazi relaciona la concepción de existencia desde las creencias aborígenes a partir del carácter transitorio de la vida, renovando la forma de ver la vida y el mundo en Quetzalcoatl y su gente mediante lo que les proporciona el Renacimiento como periodo

carnavalesco por excelencia. En la novela se expone:

Tal vez la fascinación de los mexicas surgiera del hecho de que los italianos eran su exacto opuesto. El hombre común de Tenochtitlan era el último eslabón de la cadena; su sangre servía para aplacar el hambre de los dioses y la ira de los reyes (...) Era un sistema que se nutría, sin metáforas, de sangre. En Italia, en cambio, todo parecía estar animado por la alegre vitalidad del vino (...) Quetz y su avanzada se reencontraron con el fruto de la tierra y lo celebraron como lo hacían sus anfitriones. Aquella primavera era la celebración de la vida, la ruptura con las convenciones y los dogmas, la reafirmación de la existencia del hombre por delante de los dioses. Los mexicas vivían y morían para servir a sus dioses; los italianos vivían para que sus dioses los sirvieran. (Andahazi, 2006, pp. 255-256)

Lo efímero se desarrolla en *El conquistador* mediante la activación de la mismísima naturaleza de la fiesta del carnaval, ya que la renuncia de todo cuanto limitaba en el individuo la expresión de goce y festejo queda evidenciado radicalmente a través de la alusión a la época renacentista y su afán renovador. El contraste que se realiza entre los mexicas y los italianos¹⁴, muestra cómo incluso el mundo hubiese sido otro si los ganadores hubiesen estado del otro lado del océano. Andahazi asoma lo que hubiese significado para los pueblos americanos prehispánicos vivir el Renacimiento como lo hicieron los demás europeos, pues este período nace con la esencia de la segunda vida del pueblo que intentaba superponerse ante los dogmas y los miedos. Así lo señala Bajtín (2003):

La influencia del carnaval (...) ha sido enorme en todas las grandes épocas literarias, pero en la mayoría de los casos fue latente, indirecta, difícil de discernir,

14 En la novela se relata que “El Renacimiento ofrecía a los mexicas, si no una respuesta a la pregunta por la trascendencia, al menos un modo de sobrellevar la angustia de la insignificancia de la vida en este mundo y del misterio de la muerte (...)

mientras que en el Renacimiento fue a la vez extraordinariamente fuerte, directa, inmediata y claramente expresada, incluso bajo sus formas exteriores. El Renacimiento es en cierta medida la carnavalización directa de la conciencia, de la concepción del mundo y de la literatura. (p. 224)

En este caso notamos el abordaje directo que se realiza en la novela de Federico Andahazi desde la consideración del Renacimiento como periodo carnavalesco y, al mismo tiempo, como instante efímero y transitorio de vivir a plenitud, pues no podría hablarse de la carnavalización de las artes sin hacerlo antes desde los ámbitos de la conciencia y la visión del universo. En la novela se explora, de manera profunda, las implicaciones renacentistas sobre la celebración de la existencia y la muerte:

Si la existencia era una efímera llama entre dos eternidades hechas de nada, de pura nada: una antes de nacer y la otra luego de la muerte, entonces sobran motivos para celebrar la vida y mantener el fuego encendido. Eso era el Renacimiento: la renuncia a la nada y la entrega apasionada a la vida, por breve que ésta fuera. Los mexicas compartían este punto de vista con los italianos, sólo que invertían la duración del festejo y el duelo: los unos penaban la mayor parte del año y celebraban en contadas ocasiones; para los otros, festejar era la regla y la pena, la excepción. (Andahazi, 2006, p. 257)

De la misma forma en la que se antepone la noción del tiempo festivo con todas sus implicaciones: derrocamientos, coronaciones, degradaciones y renovaciones, también llega el instante en el que todo vuelve por el carril habitual y las licencias en torno al ambiente carnaval se suprimen para dar paso a la intransigente realidad. De esta forma el discurso histórico que se había levantado más

La pequeña avanzada mexicana encontraba en aquel alegre espíritu de los italianos el llamado al goce, a disfrutar, al menos el breve tiempo que durase la existencia en la Tierra”. (Andahazi, 2006, pp. 256-257)

allá de las nociones de la historiografía oficial se comienza a desmoronar. En las últimas páginas de la novela se narra:

No existía obstáculo que se interpusiera entre Cipango y la costa Oeste del Imperio Mexica (...) Apenas unas pocas notas reflejan el ánimo desolado de Quetza al dejar a sus espaldas la isla de Cipango. Ni siquiera la idea del reencuentro con la otra mujer que amaba, su futura esposa, Ixaya, alcanzaba para confortarlo. Tampoco el hecho de saber que habría de ser recibido con honores por el tlatoani como el hombre que escribió la página más gloriosa de la historia de Tenochtitlan, sólo comparable con la remota epopeya de Tenoch, le servía de consuelo. Lo impulsaba el anhelo de encontrarse con su padre, Tepec, y la certeza de que si dilataba su arribo a la capital del Imperio Mexica por el Oeste, tal vez llegaran antes los españoles o los portugueses por el Este. (Andahazi, 2006, p. 274)

Así, en cuestión de segundos se esfuma el sueño forjado por los mexicas sobre el descubrimiento de Europa y la versión invertida de la conquista termina sucumbiendo ante la mano adversa del tiempo histórico, ciñéndose a lo que en realidad había ocurrido y que era, de alguna forma, imposible de cambiar, pues “En el carnaval, el mundo gira al revés... por unos escasos días. Dicho de otra forma, durante el carnaval, todo cambia para que todo siga igual” (Patiño, 2010, p. 39). Así, la posibilidad que se abre a través de la ficción novelesca se cierra para dar paso a lo que de cierta manera era inevitable forjar: el carácter efímero de la carnavalización aparece como parte irrevocable de ese tiempo festivo:

De pronto la nave española fue arrastrada por el oleaje y despedida contra una roca afilada que surgía desde el lecho del mar: el golpe hizo que se partiera a la mitad, convirtiendo en astillas las duras maderas del casco. La elefanta preñada intentaba desesperadamente nadar hacia la costa (...) Los caballos daban una lucha denodada (...) Los camellos no resistieron ni un instante y se hundieron tan pronto como tomaron contacto con el agua (...) En un abrir y cerrar de ojos,

nada había quedado de la embarcación, de su cargamento y su tripulación. (Andahazi, 2006, pp. 275-276)

De algún modo lo efímero remite a lo utópico dentro del proyecto de conquista por parte de los aborígenes americanos, pues todo plan ideado para el bienestar del Imperio y el futuro de toda su gente queda redimido al poder aleccionador del tiempo y sus inclementes circunstancias. Aínsa (1997) señala que “la utopía aparece condenada por ilusoria y racionalmente improbable”. (p. 88), de este modo se está ante la presencia de la “inutilidad del sueño utópico”, tanto el propósito colectivo como el individual queda como una tendencia ilusoria que jamás llega a materializarse. La exploración del tiempo de carnaval permite concebir visiones alternas de la realidad pero solo con afán deconstructivo y paródico, que se proyectan finalmente como situaciones fugaces, transitorias y mutables. Así se visualiza en el desenlace trágico de Quetza y toda su hazaña:

Desterrado por segunda vez, Quetza fue nuevamente obligado a partir a la Huasteca y confinado en la Ciudadela de los Locos. Maoni y los compatriotas que lo acompañaron fueron sacrificados (...) Los demás, volvieron a la misma cárcel de la que habían salido.

Quetza solía encaramarse sobre los techos, en el lugar más alto, y desde allí, en cuclillas, contemplaba el mar sin pausa desde el amanecer hasta el ocaso. Mientras abajo los demás reclusos deambulaban cargando con sus espantajos invisibles, discutiendo a los gritos con los demonios que anidaban en sus cabezas, Quetza, con los ojos abiertos, sin parpadear, esperaba el momento en que, desde el horizonte surgieran los mástiles de las naves del almirante de la reina, trayendo consigo los dioses de la muerte y la destrucción.

Aquel centinela agazapado sobre lo alto era el único que lo sabía: la guerra de los dioses estaba por comenzar. (Andahazi, 2006, p. 282)

De este modo en *El conquistador* Andahazi apuesta de nuevo por el tiempo fabulador del carnaval para forjar, desde las posibilidades de la ficcionalización, testimonios imaginarios (pero verosímiles) de una gesta que pudo escribirse, y que logra, como parte de la praxis carnavalesca, dejar la sensación en el lector de cómo hubiese podido ser la historia latinoamericana si los hechos hubiesen ocurrido de otro modo. Beverley (2011) señala, precisamente, que la espontaneidad o negación subalterna es necesaria para que se desarrolle la lucha social, ya que esta espontaneidad se resiste a aceptar aquello que la haría apta de ser hegemónica¹⁵. Por lo tanto, asistimos pues a la intención paródica e incesante de lo histórico como modo de ver, desde el presente, las visiones del pasado que aún siguen teniendo repercusiones en la cimentación y conformación de la identidad latinoamericana¹⁶.

Referencias bibliográficas:

Aínsa, F. (1997). Tensión utópica e imaginario subversivo en Hispanoamérica. En S. Saúl (Comp.), *Lectura crítica de la literatura americana. Actualidades fundacionales* (pp. 84-109). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Andahazi, F. (2005). *La ciudad de los herejes*. Buenos Aires: Planeta.

Andahazi, F. (2006). *El conquistador*. Buenos Aires: Planeta.

Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bajtín, M. (2003). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza Editorial.

Bajtín, M. (2005). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.

Barrios, J. (2008). *El cuerpo grotesco: desbordamiento y significación* [Documento en línea]. Ponencia presentada en las Jornadas de cuerpo y cultura de la UNLP, La Plata. Disponible: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.695/ev.695.pdf [Consulta: 2015, enero 20]

Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

Beverley, J. (2011). *Políticas de la teoría: ensayos sobre subalternidad y hegemonía*. Caracas: Fundación CELARG.

Fernández, C. (2004). *El anacronismo: formas y funciones* [Documento en línea]. Disponible en: <http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/6808.pdf> [Consulta: 2012, agosto 12].

Galván, E. (2007). *Allí se oyen cantar los pajarillos: el espacio utópico y las mujeres en el Decamerón*. Revista Clepsydra [Revista en línea], 6. Disponible en: <http://publica.webs.u11.es/upload/REV%20CLEPSYDRA/06-2007/05%20Galvan.pdf> [Consulta: 2014, mayo 10]

Mattalia, S. (2004). *Tupí or not Tupí: Ensayos sobre la narrativa de vanguardia en América Latina*. Mérida: El otro el mismo.

Patiño, C. (2010). *La fiesta del tiempo destructor y regenerador: una lectura de "Carnaval y Literatura: sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa"*. Revista Nexus Comunicación [Revista en línea], 07. Disponible en: <http://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/10893/5227/1/1a%20>

¹⁵ Acá Beverley (2011) alude a Gramsci, para señalar que “no hay suficiente “historia” o “disciplina” o “cultura” en la conciencia subalterna para constituir un proyecto hegemónico. (p. 64)

¹⁶ De allí que “Los relatos de identidad, entonces, no sólo fabulan un comienzo de la historia, un origen que pretende fijar el ser; sino que, también, demarcan culturas, lenguas, naciones, ciudadanos. Culturas, lenguas, naciones, habitantes, que establecen condiciones de igualdad o subalternidad”. (Mattalia, 2004, p. 15)

Nava Marín, José Manuel

El tiempo carnavalesco en la literatura latinoamericana contemporánea: lo efímero en dos novelas de Federico Andahazi

fiesta%20del%20tiempo.pdf
[Consulta: 2015, enero 15]

Silva, C. (2005). *Ornamento y demonios*.
Caracas: Monte Ávila Editores
Latinoamericana.